

ción, tardíamente realizada, de un plan (1) acordado en 25 de setiembre, en virtud del cual debía tomarse la ofensiva en grande escala, según el antiguo sentido prusiano, y atravesando la selva turingia á marchas forzadas, caer sobre las tropas francesas que se encontraban en Franconia, aislarlas y aniquilarlas antes de que pudieran reunirse para emprender un ataque. El hecho de atravesar el Saale y de extenderse por su orilla izquierda solo podía explicarse cuando estuviera inmediatamente seguido por la ofensiva tomada en la selva turingia y cuando esta ofensiva no se hubiese adoptado demasiado tarde. En cambio era absurdo y conducía á la perdición si se realizaba despues de haber dado á Napoleón tiempo para hacer penetrar, como poderosa cuña, su ejército, muy superior bajo muchos conceptos, en el valle del Saale y en dirección al Norte, con lo cual debía quedar cortada la retirada de los prusianos por este río, reproduciéndose lo ocurrido un año antes al ejército de Mack en el Danubio y en el Tirol. Esto fué precisamente lo que sucedió.

Cuando el cuartel general salió de Naumburgo, siguió Federico Gentz, poco antes consejero de guerra prusiano en Berlín y á la sazón consejero imperial en Viena, que había sido destinado por el conde Haugwitz al ejército y que en la tarde del 4 de octubre de 1806 escribió en su *Diario*: «Salí de Naumburgo á las siete de la mañana. El camino que conduce á Auerstadt ofrecía el espectáculo mas magnífico que en mi vida he presenciado. El rey y la reina iban en un coche cerrado, seguido de otros veinte, y estaban por todas partes rodeados de tropas, cañones y transportes. El espectáculo era imponente. En aquel momento los carruajes atravesaban el puente de Kösen y las alturas que rodean á esta ciudad. La idea, sin embargo, de que los soberanos corrian á una batalla cuyo feliz éxito debía traer consigo un cambio radical en Europa, mientras que en el caso de un resultado adverso tantos países perdían toda esperanza de paz, hacía que esta marcha fuera tan imponente como triste (2).» En Erfurt se encargó especialmente á Gentz que tradujera al alemán el manifiesto de guerra que Lombard había redactado en francés, y obra suya fué también el texto alemán que con el título de *Manifiesto* se publicó en el cuartel general de Erfurt, en 9 de octubre de 1806. También lo fué, en parte, la proclama publicada en igual fecha, que terminaba con estas palabras: «La suerte de los pueblos y de los ejércitos está ciertamente en la mano de Dios, quien por regla general concede á la justicia victoria y prosperidad constantes. La justicia está con nosotros; con nosotros están también la confianza en la buena causa y la opinión de los contemporáneos: el buen éxito coronará nuestra empresa.» Gentz aprovechó aquella ocasión para indagar de los hombres de Estado y de los generales los motivos que habían inducido á Federico Guillermo á decidirse por la guerra, cuando siempre se había mostrado tan contrario á ella (3). Sobre este particular celebró notables conferencias con Haugwitz, Lucchesini, Lombard, Kalckreuth y otros, habiendo hecho sobre ellas notables observaciones, pero en el fondo no se vió obligado á formular la cuestión, porque nada sabía de las relaciones existentes con Rusia, que todo lo decidían, y

(1) Hopfner: *La guerra de 1806 y 1807*. Berlín, 1857, tomo I, página 156.

(2) Schlesier: *Escritos de Federico de Gentz*, Mannheim, 1838, t. II, pág. 196.

(3) En 7 de setiembre había escrito desde Dresde al conde Luis Starhemberg: «*Post nubila Phoebus - lux et tenebris*. La mas sorprendente revolución se ha llevado á cabo en Alemania. Prusia ha empuñado las armas, y esta vez para no dejarlas hasta que la guerra ó las negociaciones hayan producido un cambio esencial.»

por tanto llegó á la conclusión de que esta guerra había sido una *precipitación* «que por tantas desdichas podía estar justificada, y por la intención de los primitivos promovedores quedar ennoblecida, pero que no podía menos de ser censurada por la prudencia y la buena política (4).» Despues de preguntar acerca de cuanto pudo ocurrírsele, oyó en su conversacion con el general Kalckreuth frases proféticas que no disminuyeron poco el valor de que hasta entonces había estado animado: referíanse al general en jefe del ejército, al feld-mariscal duque Carlos de Brunswick, y decía: «El duque de Brunswick es un hombre inepto para el mando y ni tiene prevision bastante ni su carácter es suficientemente enérgico ni está á la altura de tan gran misión. Su mediocridad, su indecisión, su deslealtad, su hipocresía, su excesivo orgullo y su desmedida ambición harían fracasar la mejor empresa. Por buenas que sean las tropas y por excelente que sea el espíritu que las anime, estas ventajas no pueden compensar los inconvenientes que tal general en jefe trae consigo. El ejército no tiene confianza alguna en el duque y nunca la tendrá ni puede tenerla. El general Kalckreuth por su parte estaba dispuesto á cumplir su deber y á sacrificarse hasta el último momento, pero no podía por mas tiempo ocultarse lo que pasaba y me suplicaba que meditara bien esta su profecía, á saber: que si dentro de ocho dias (plazo transcurrido el cual debían comenzar las operaciones) no sobrevenia alguna circunstancia favorable que cambiara por completo la faz de las cosas, la campaña terminaría bien por una retirada como la de 1792, bien por una catástrofe terrible que oscureciera á la de Austerlitz (5).»

CAPITULO VI

JENA, AUERSTADT, EYLAU, TILSIT

Contra la política de conservación de la paz á toda costa habíase formado alrededor de Federico Guillermo, y hasta entre los que mas cerca de él se encontraban, una atmósfera tal, que la continuación de aquella política se había hecho de todo punto imposible. En 1806 este Estado, organizado bajo un régimen de subordinación militar, había presenciado prodigios y milagros. En el mes de mayo el ministro de Hacienda, el barón Carlos de Stein, había hecho llegar á manos de la reina una memoria en la cual se formulaban, con palabras en extremo duras, graves cargos contra «las impuras y débiles manos» á las cuales tenía el rey confiada la dirección de los negocios extranjeros, y cuya continuación al frente de este departamento amenazaba producir «la disolución del Estado ó la pérdida de su independencia (6).» En 2 de setiembre entregóse al mismo rey un memorial firmado por sus hermanos los príncipes Enrique y Guillermo, por el príncipe Luis Fernando, por el príncipe de Orange, por Stein y por los generales Ruchel y Phull, en el cual se pedía la destitución del conde Haugwitz, fundándose en que el alejamiento de este ministro era la única garantía de que á los armamentos que se estaban haciendo no seguiría, como en 1805, el desarme. Además se lanzaba contra él y contra el gabinete secreto la censura - cuya injusticia está hoy plenamente probada - de soborno y de traición (7). Estos clamores de hom-

(4) Obra citada, pág. 307. En el prefacio del libro tantas veces citado de F. Noack he manifestado mi opinión sobre este particular.

(5) Obra citada, pág. 202-203.

(6) Hardenberg: *Memorias*, tomo V, págs. 368-376. Véase también tomo III, pág. 105.

(7) Pertz, Stein, tomo I, págs. 347-351. Los patriotas mas nobles no creían que el conde Haugwitz pensara seriamente en la guerra. En 9 de setiembre decía el príncipe Hohenlohe al capitán de caballería

bres serios que rodeaban de cerca al trono, fueron de mas peso que todo el estrépito movido por los sables de los alcañones oficiales de la guardia, que rompieron las ventanas de la casa de Haugwitz cuando éste regresó de París, dando en cambio serenatas y aclamando al barón de Hardenberg, y que las manifestaciones ruidosas hechas en el teatro cuando en los dramas el *Campamento de Wallenstein* y la *Doncella de Orleans* se pronunciaban frases patrióticas y belicosas. Todo esto junto constituía una prueba irrefutable de que la opinión pública de todos los círculos que tenían una opinión estaba apasionadamente excitada por la situación indigna en que se encontraba Prusia, y que la nación pedía tumultuosamente un hecho de armas que pusiera término á tal situa-

ción. La fe en el ejército era inquebrantable y en visperas de la catástrofe se manifestaba de la manera mas confiada, especialmente en los círculos de los hombres mas entendidos y especialistas. No era solo el general Ruchel, á quien Clausewitz había llamado «ácido concentrado de un verdadero prusianismo,» el que opinaba que «el ejército, á pesar de todo cuanto había sucedido, era indudablemente el primero del mundo (1),» sino que también hombres como Scharnhorst y su discípulo Clausewitz mostraban entonces una confianza absoluta. El coronel Scharnhorst hizo, en la primavera de 1806, una comparación entre el ejército prusiano y el francés, diciendo respecto del primero que era superior al segundo en el movimiento de grandes masas; que su dis-



Muerte del príncipe Luis Fernando de Prusia en el combate de Saalfeld.

ciplina era mas fuerte é inspiraba mayor confianza; que sus oficiales estaban animados de un alto sentimiento del honor y que superaban á los franceses en bravura. Clausewitz se alegraba ante la idea de la batalla decisiva «con tanta ansia deseada por el ejército, de la misma manera que se podría alegrar el día de su boda,» y la esperanza de un triunfo estaba tan generalizada entre generales y oficiales como la convicción de que se luchaba por una causa buena y justa. Unicamente los que conocían al duque de Brunswick como general y á la sazón observaban de qué manera celebraba un consejo de guerra tras otro, á pesar de lo cual seguía sien-

Marwitz: «¿No queréis venir de nuevo conmigo? Hay guerra.» La contestación fué que podía ser cierto que se pensara en la guerra, pero que seguramente terminaría de un modo tan ignominioso como la del año anterior. «No; esta vez es formal. - Puede que lo sea en el momento presente, pero no se pasará mucho tiempo sin que se encuentre ocasión para convertir la formalidad en una broma pesada. - Napoleón cuidará de que así no sea, pues no nos dejará volver atrás. - Entonces será una formalidad muy sangrienta. - ¿Y por qué no queréis entrar en ella? - Si hay guerra formal, no me quedaré en casa, pero antes quiero ver por mis propios ojos que la hay, pues siempre temo que sea una ilusión como la de la última vez.» Papeles dejados á la muerte de Federico Augusto Luis de Marwitz, en Friedensdorf, tomo II (Berlín, 1852), pág. 3.

do siempre el mismo, y de qué modo sabía convertir en simulacro todo lo que consideraba parecido á un hecho, únicamente éstos esperaban llenos de pavor el día decisivo. Uno de ellos era el general Kalckreuth, de quien ya hemos hablado; otro era el consejero del gabinete secreto Lombard, que había presenciado lo de 1792 y que abandonó el cuartel general para no presenciar los horrores que preveía. Decía Lombard, en 6 de octubre, á Gentz: «Os admiráis de que, en medio de tantas razones, no haya adoptado una política distinta. ¿Conocéis al rey? Mi justificación está en esta sola pregunta. Yo quisiera saber lo que en mi lugar hubierais hecho para comenzar una guerra á los ojos de un rey que odia toda idea belicosa y que además cree no tener en sus manos los medios necesarios para entrar en lucha. En esto se funda el gran secreto de mi indecisión y de mi perplejidad. La monarquía prusiana no está organizada como otros Estados: en nuestro país durante una guerra todos los ramos gubernativos se concentran en el ejército, y por tanto el rey no pue-

(1) Max Lehmann: *Scharnhorst*, tomo I (Leipzig, 1886), pág. 408. Colmar de Goltz, *Rosbach y Jena. Estudios sobre el estado y la vida moral del ejército prusiano*. Berlín, 1883, pág. 69.